

Diego San José
La última obra de Blasco
(*La Prensa* [Santa Cruz de Tenerife], 2-2-1928)

Blasco Ibáñez es el escritor español por excelencia, aun cuando escriba esas magistrales novelas de ambiente mundial con las que ha cimentado su fama en estos últimos tiempos. Tal me parece, porque en todas sus admirables páginas brillan el sol que fecunda la huerta valenciana y el azul intenso del cielo que se refleja en el mar latino.

Le conocí literariamente cuando en los primeros años de este siglo fundó en Madrid aquella simpática publicación que intitulara *La República de las Letras*. Aún no escribía yo. Me limitaba exclusivamente a ser devoto fanático de los buenos ingenios, formando así mi espíritu literario, que andando los días había de llevarme a ganarme la vida con la tinta de mi pluma.

De entonces hasta ahora cada obra suya que viene a enriquecer el tesoro del Parnaso español es para mí un delicadísimo regalo que aumenta mi admiración por el glorioso maestro, que fuera de España enaltece más a su patria que muchos que, con patentes gratuitas de insignes, se han quedado dentro de ella.

Seis novelas cortas componen el último libro (por ahora) del admirado autor de *La barraca*; y son *El secreto de la baronesa*, *Piedra de Luna*, *El rey Lear*, *impresor*, *La devoradora*, *El réprobo* y *El despertar del Buda*.

Cualquiera de ellas, escritas con esa agilidad pasmosa, llena de color y de vida que es el principal encanto de la musa ubérrima del Blasco, bastaría para dar patente de maestro a cualquier escritor que aún estuviera escalando trabajosamente la cima de la fama. [...]

Cada una de las páginas que siguen, hasta dar en la última del libro, es una joya más que añadir a las muchas que Blasco Ibáñez ha legado en nuestros días a las letras españolas, y en la postrera de las novelas que componen esta bellísima colección, la intitulada *El despertar de Buda*, que, según declara su ilustre autor, fue escrita hace más de treinta años y en las mismas condiciones que el manco inmortal escribiera la primera parte del *Quijote*, esto es, una cárcel, «en donde todo ruido e incomodidad tienen su asiento», bien puede codearse sin desdoro de ninguna suerte con las más bellas y sazonadas páginas que salieron de la misma pluma que *Sónnica la Cortesana*, *El papa del mar* y *A los pies de Venus*.

Sin duda que la misma estrechez del presidio, en donde diera vida a aquella soberbia ficción, espoleole de tal manera la fantasía, que las profusas

descripciones de los maravillosos palacios del príncipe Sidarta en nada desmerecen de aquellas otras con que Scherezada hacía por alargar su vida distraendo cada noche la cruel melancolía de su dueño y señor.

¡Glorioso otoño el del maestro, que aún siente en sus venas y en su cerebro pujanzas de ardiente verano; y espera dar en pleno invierno días caniculares a la literatura hispana!

Sano optimismo de hombre tan traído y llevado por las olas de la vida, que dejando unas veces placeres y venturas, y pesadumbres y lágrimas las más, tiene fibra bastante en su privilegiado espíritu y en su recio cuerpo para decir: «Me propongo vivir cuanto pueda, dándome palabra a mí mismo de llegar a los ochenta años».